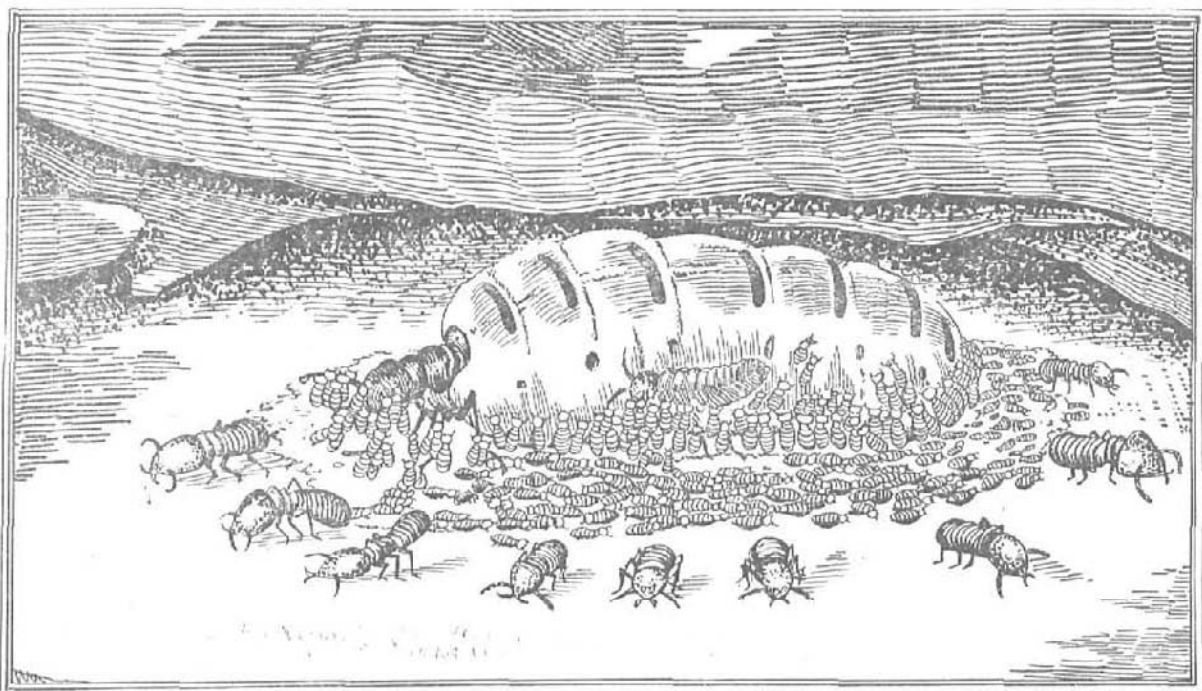


# LA VIDA DE LOS TERMES

Por Fernando Vela



La reina de «Termes bellicosus» atendida por sus obreros tras una línea de soldados.

## II

EN los climas tropicales, el termes es el mayor enemigo de la obra del hombre por la principal razón de que sus estragos se cumplen secretamente. Se insinúa en las casas, barre vigas, puertas, balcones y muebles, y muchas veces la mesa del termitólogo se ha derrumbado carcomida por el insecto. En Santa Helena, dos policías hablan bajo un árbol corpulento; uno se apoya en el tronco, y el árbol se derrumba en un montón de astillas. Un colono de Queensland vuelve a su casa a los cinco días de ausencia: todo está, al parecer, intacto, pero en cuanto tropieza con un mueble éste se deshace mágicamente en una nube de polvo. Los termes corroen con salivas específicas los metales más diversos, y a su través atacan los corchos de las botellas encapsuladas. En ciertas regiones del Congo, las traviesas del ferrocarril y los postes telegráficos tienen que ser renovados anualmente. En 1879, un navío de guerra que regresaba del trópico se hundió en El Ferrol súbitamente, desguzado por el «Termes Dives». Como muchas instituciones caducas que la historia termina por derribar, las casas atacadas por el

termes se tienen, huecas, en pie mientras no se las toca.

Hay muchas especies de termes, acaso unas mil quinientas. Con ojos, sin ojos; con alas, sin alas; con buen ejército, con ejército rudimentario, sin ejército; con las tres castas muy diferenciadas o poco diferenciadas. Unas, retrasadas y primitivas; otras, civilizadas. No podemos evitar el pensamiento de que estas mil especies presentan a nuestra vista, compendiadamente y en línea, los mil estadios de la evolución de un solo animal. El termes es antiquísimo. Su origen data, según los naturalistas, de muchos millones de años. Probablemente vivió desidiado al aire y la luz, sin disciplina alguna, hasta que hace dos o tres millones de años apareció la hormiga, su enemigo implacable. Entonces los termes se sepultaron y organizaron draconianamente sus repúblicas fortificadas, dividieron las funciones de la «polis» y descubrieron la eugenesia y la ovicultura. «¿Qué sería el hombre—pregunta Maeterlinck—si hubiese encontrado, como el termes, un adversario de su talla, ingenioso, metódico, feroz, digno de él? La especie hombre no ha tenido nunca más que adversarios inconscientes, aislados.» Maeterlinck pare-

ce desear una invasión de marcianos para que, hipertroliándose el cerebro, el más tonto de los hombres sea un Newton decuplicado. Pero este desco vacila si se observa que cuanto más se perfecciona la organización social de los termes, tanto más su vida se sepulta y encoge y obtura, tanto más miserable, ciega y repugnante es. En una «fantasmagoría» finge Ramón Gómez de la Serna la evolución del pueblo de las hormigas: «Las hormigas fueron un pueblo de sabios que llegaron a la superhombria; al principio fueron del tamaño de los hombres y eran ultravertebradas. Pero tanto se ordenaron, se disciplinaron y regularon perfectamente su vida, que se volvieron un pueblo pequeño y rutinario. La muerte de la absurdidad, de la rebeldía, de la negación arbitraria, de la pereza extraordinaria, del exceso entusiasta, las disminuyó hasta ser ese pueblo visto al microscopio que son.»

\*\*\*

En esta vida inconsciente hallamos multitud de principios de nuestra actual organización, mas llevados a un extremo que únicamente los utopistas se han atrevido a pensar. De ciertas



Cámaras de hongos de un nido de termes.

realizaciones alcanzadas por los termes hace millones de años es ahora cuando nosotros comenzamos a hablar como de vagas posibilidades. La alimentación única por el manjar más abundante, su previa digestión química, la eugénica, el aprovechamiento y depuración de todo despojo, la división del trabajo, y aún más, de las mismas funciones vitales, la retribución según el trabajo y la subordinación digestiva de los ociosos, son tendencias latentes o simplemente pensadas de nuestra sociedad, que en el cono de la proyección idealista se amplían hasta tomar las dimensiones enormes de lo irrealizable. Si nos fuera dado consumir ciertas direcciones de la sociedad humana, llegaríamos como último término a un estado social muy semejante al de los termes. La primera interrogación agazapada tras estas consideraciones es la de si no será posible una sociedad perfecta más que desarrollando hasta sus últimas consecuencias el principio de economía; es decir, si la perfección definitiva de cualquier sociedad se identifica con el imperio absoluto de ese principio. A lo menos, parece que las partes más perfectas de la sociedad humana son aquellas que han podido regularse económicamente, mientras que en las demás la entrada imprevisible de factores incalculables —enseñan incluso— produce alteraciones y complicaciones incesantes. La pregunta aparece tanto más fundada cuando se piensa que esa insuperable potencia cognoscitiva, el instinto, que intuye profundamente la vida y es uno con ella, no ha encontrado otro modo de organizar una sociedad anónima para la conservación de la especie que eliminando lo que no entra en el concepto de lo económico. Hay, pues, cierta probabilidad de que un descarte o simplificación semejante sea la condición de toda sociedad perfecta, siempre que de la palabra «perfecta» separemos— como

aconseja Simmel en su «Sociología» — toda significación moral o eudemonista para entender con ella únicamente el ajuste exacto y el funcionamiento preciso del mecanismo social.

\*\*\*

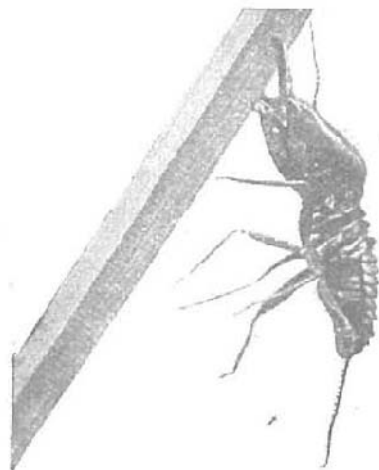
¿Cómo actúa el instinto para dividir primero el cuerpo social y coordinar después sus partes con engranaje tan justo? Al observar esta exactitud estamos predispuestos a admitir un factor de inteligencia; los que se resisten a concederla al termes, a la hormiga, a la abeja, suponen una inteligencia supraindividual. Pero con esto no consiguen más que trasladar el problema unos pasos más allá. Reparemos que, por el contrario, la prueba paradójica de la inteligencia no consiste en el acierto sino en el error. El ser que en toda situación sigue la dirección certera, como la brújula señala el Norte, o el pico de la paloma al palomar, y triunfa de todas las inducciones al error, ése es precisamente el que carece de inteligencia. En cambio, del hecho de que un animal comete errores (1) puede inferirse que juzga. De aquí que una re-

(1) Errores «buenos», dice Koffka. Véase «Bases de la evolución psíquica».



Nido piramidal del «Eutermes pyriformis».

ciente concepción antropológica (1) vea en el hombre un ser biológicamente inferior que ha desertado de la vida, y en su «divina razón», una enfermedad biológica. Pensamos porque, habiendo perdido el instinto, «ignoramos» lo que debemos hacer; juzgamos porque «vacilamos» entre varios caminos; necesitamos «querer» porque el instinto no nos manda, y al presentarse la situación inicial no se pone en marcha nuestra acción hasta su acabamiento sin la repetida impulsión de la voluntad. El ser inteligente puede ser, en efecto, biológicamente inferior al instintivo, puesto que el instinto es la misma vida en su función organizadora. Al trabajo de organización de la materia viva convienen los mismos caracteres que para la ac-



Termes cortador de hierba.

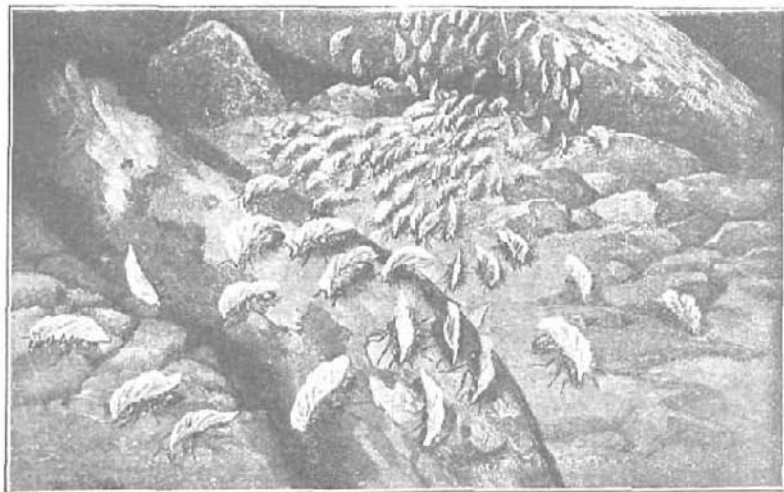
ción instintiva ha descrito Koffka (2). Lo mismo en el desarrollo del huevo que en la construcción del nido encontramos una sucesión unitaria de movimientos continuados que se cierran y conducen a un final como una melodía (3), una dirección hacia adelante, un «acabamiento inmanente», una infalibilidad sin aprendizaje, etc. No existe diferencia esencial entre los movimientos del embrión del pollo y los que éste hace para picotear y romper el cascarón; tampoco existe entre el proceso de organización celular del termes y el de su organización supraindividual, que no es más que la prolongación y remate de aquella.

Mas para identificar la morfogénesis colectiva con la morfogénesis individual, nuestro entendimiento tropieza con una dificultad mayúscula.

(1) Véase Max Scheler «La idea del hombre y la historia». Número 41 de la *Revista de Occidente*.

(2) Obra citada. Páginas 92 a 133 de la versión española.

(3) Lo mismo Koffka para la acción instintiva que el biólogo von Uexküll, para dar idea de la morfogénesis aplican la palabra «melodía».



Hormigas cultivadoras de hongos.

Admitimos sin inconveniente que las células de un organismo forman un conjunto solidario; sin embargo, no se ha podido penetrar el último sentido de esta afirmación mientras preponderó la «teoría celular», según la cual el organismo es el resultado de la agregación de unas células a otras. Fue preciso llegar a la conclusión opuesta: que el conjunto es «antes» que las células, que él las crea y de ella se sirve (1). Pero, al fin y al cabo, la confederación celular de un organismo constituye un ser completo, un cuerpo aislado, una unidad material, mientras que, por el contrario, no vemos el ser, el cuerpo, el volumen del que los términos son simples partes que dentro de él se mueven y funcionan con solidaridad análoga a las de nuestro cuerpo. Pero en cuanto se profundiza, la dificultad es la misma para el primer caso que para el segundo (2). Aun formando una unidad material, no es posible comprender esa solidaridad si no se introduce un algo invisible, inmaterial—pero no abstracto—, como base última de la organización. Driesch lo ha llamado «entelequia», «lo que lleva su fin en sí mismo».

Maeterlinck había recurrido en su «Vida de las abejas» a un misterioso «esprit de la ruche»; en la termitera adjudica la gerencia a una cierta «po-

tencia oculta» que maneja el «cuadro» e impulsa a cada individuo en el momento justo y en la dirección requerida. Y aventura una explicación, que la mayoría de los críticos franceses han tomado a modo de una de tantas meditaciones filosófico-poéticas maeterlinckianas o de aquellas metáforas que trepan por la cabellera en sauce de Melisenda en la torre. «Podríamos considerar la termitera—dice Maeterlinck—como un individuo único diseminado del cual los insectos son células, órganos sometidos a una ley central.» Esta vaga intuición coincide con la idea de «especie» mantenida por la biología más reciente. La «especie» no es una suma matemática de seres aislados, sino un organismo supraindividual, supravisible, «*mis au point*», conformado a plan como puede estarlo nuestro cuerpo. Lucha éste por la existencia con sus órganos y lucha la especie valiéndose de sus individuos. «Lo que para el individuo es imposible—dice von Uexküll en sus «Ideas para una concepción biológica del mundo»—ser a un mismo tiempo grande y pequeño, rápido y lento, glotón y moderado, es posible para la especie y de la mayor importancia para su prosperidad.» Gracias a la diferencia de los individuos aprovecha la especie todas las posibilidades de su ser y de su contorno. Esta idea de la «especie» se corrobora al observar las comunidades de insectos donde cada existencia individual ocupa un puesto predeterminado, fijo, y se mueve en perfecta correlación con las demás. Así, pues, «especie» no es un simple concepto, útil al naturalista para la clasificación zoológica, un concepto formado por abstracción de unos mismos caracteres encontrados en seres diversos. «Especie X» no es un nombre común, sino un nombre

propio, que designa un ser real. La «especie» es un ser real, diseminado unas veces, más compacto y visible otras. Únicamente así, como organización, morfogénesis y función de un solo ser, podemos explicarnos la organización social de los termites, su morfogénesis colectiva, su exacto plan funcional, sin acudir a la intervención de una inteligencia.

Nuestra potencia cognoscitiva es poco apta para entender esta unidad supravisible constituida por los mil individuos de una especie, y mucho menos la unidad de la vida, el sistema armónico de todas las especies vivientes. Los simples límites lineales de una célula, de un cuerpo vivo, son fronteras invencibles para nuestro conocimiento, que ya no sabe cómo unir esa célula a otra célula, ese cuerpo a otro cuerpo. En cambio, manejamos con suma facilidad la máquina de triturar intelectualmente materia, cada vez más perfecta por el añadido de nuevos dicentes. Pero si no entendemos la unidad cósmica de la vida, la intuimos. Dondequiera que la vida existe, percibimos su pulsación como un cálido ritmo interior que concierne con el nuestro. Esta intuición profunda no puede asemejarse a la que tenemos de una piedra, integrada por sensaciones de color, resistencia, peso, allegadas sucesivamente, sino que, por el contrario, es la intuición súbita y como interna de una identidad radical, más allá de todas las diferencias de forma y condición. Esta intuición no existiría si la vida no fuera un único fluido (1) que, si se especifica e individualiza, siempre se extravasa y vierte de un individuo sobre otro de una especie sobre otra. En las experimentos de división celular se ha observado que, si por un corte incompleto se conserva, entre las dos mitades de un cierto infusorio, una delgada comunicación protoplásmica, ambos trozos se mueven con movimientos correlativos; mas basta interrumpir la comunicación para que cada mitad funcione como individuo independiente. Unidad e individuación dependen solamente de un hilo. Pero nuestra intuición adivina, vuelve a tender entre los seres separados esos hilos mal rotos, y entonces percibe la sinergia de las especies, esa palpación de un único corazón cósmico que con sólo cerrar los ojos auscultamos dentro de nosotros, que nos viene de no se sabe dónde y nos garantiza la persistencia del mundo.

(1) El profesor Kraus dice: «La vida es un continuo», y en seguida describe la individuación aplicando la teoría física de los cuantos. «Asimismo hay en el torrente de la vida gotas de distinta magnitud; asimismo la evolución orgánica encuentra estados estacionarios de equilibrio en células, organismos complejos, diques o represas de la vida.» En *Pathologie der Person*, pág. 31.

(1) H. Driesch. «Philosophie des Organischen».

(2) Para nosotros, el individuo es el cuerpo vivo, porque creemos que—como dice la etimología de la palabra individuo—*indivisus*—no puede ser partido sin que deje de ser lo que antes era. Pero, de ciertos animales monocelulares, un sientor por ejemplo, podemos hacer varios pedazos, cada uno de los cuales se comporta como un individuo normal. Driesch ha dividido en dos el animal parietular *Eggsus microthelalis*, obteniendo un individuo nuevo de cada trozo; viceversa, comprimiendo varios huevos entre dos placas de vidrio, obtenía un solo individuo, completamente normal. Esto nos revela nuestra ignorancia de lo que es un individuo, y que, por lo menos para ciertas especies, la indivisibilidad no es un carácter esencial del individuo orgánico.